

# Válvulas de escape

Jordi Nadal



**T**ener valores nos ayuda a vivir. Está claro que celebramos a aquellas personas que, con su actuación, muestran solidez. Los seres humanos, como los puentes, tienen que aguantar el paso de las cargas, físicas o espirituales. A nadie le gustaría que se derrumbara el puente que atraviesa. De todos modos, por más que tengamos valores, todos necesitamos momentos de descanso, de respiro, en los que recuperamos nuestro caudal y desconectamos del sentido del deber. El deber –como Dios– tiene que apretar, pero no ahogar. Algo así escuché decir a José Luis Sampedro cuando dijo: “Está bien el rigor, pero no *mortis*”, frase que nos exhorta a saber celebrar, lo que no siempre está al alcance de todos.

No me imagino un viaje placentero con alguien que no sepa disfrutar de la comida, del paisaje, de la conversación con gente nueva y de lo nuevo como fuente de aprendizaje. La severidad extrema resulta, a veces, bastante insoportable, además de aburrida. Entre Max Weber y la laxitud extrema deberíamos encontrar una manera de ser eficaces que no excluya el goce de vivir.

Los placeres son también legítimas válvulas de escape que nos permiten reconciliarnos con el mundo, dar es-

## Deberíamos encontrar una manera de ser eficaces que no excluya el goce de vivir

pacio a nuestra expresión, cultivar costumbres (o incluso pasiones) que nos hacen sentir que el tiempo fluye en armonía y que nos estamos cuidando. Todos conocemos personas que disfrutan y agradecen una buena película (o serie) en la que perderse o encontrarse; o para quienes la música forma una parte imprescindible de las ganas de vivir; algunos disfrutan con el mar y otros con la montaña; para la mayoría, los placeres de la mesa son esenciales, y eso nos recuerda lo que Marguerite Yourcenar dijo en sus *Memorias de Adriano*: “Los cínicos y los moralistas están de acuerdo en incluir las voluptuosidades del amor entre los goces llamados groseros, entre el placer de beber y el de comer, y a la vez, puesto que están seguros de que podemos pasarnos sin ellas, las declaran menos indispensables que aquellos goces. De un moralista espero cualquier cosa, pero me asombra que un cínico pueda engañarse así. [...] Creeré en esa asimilación del amor a los goces puramente físicos (suponiendo que existan como tales) el día en que haya visto a un gastrónomo llorar de deleite ante su plato favorito, como un amante sobre un hombro juvenil”.

Las válvulas de escape no disminuyen la presión del mundo, pero sí la del nuestro, por eso conviene saber escogerlas y mimarlas.●